

Yo, mis tres abuelas

MamaLile,

Tejías como una diosa, leías novelitas de amor y te gustaban las películas eróticas que veías a escondidas del abuelo.

Aunque siempre estabas bien vestida, encopetada y entacornada, yo te recuerdo enfundada en tu brasiere largo color beige, una faja a tono y el ligero bien atado a unas medias transparentes. En casa, ya con esto encima tú te sentías vestida y deambulabas por la habitación seleccionando tu vestimenta del día, el par de zapatos de los cientos que tenías (eras señora de zapatero y atendías una zapatería) y por supuesto te sentabas frente a un tocador donde parsimoniosamente te maquillabas humedeciendo un pincelito en un jarroncito de cristal cuyo líquido era negro. Vanidosa, amante de telas, ajuares, manteles, vajillas, trastos, sábanas...

La primera novela que leí de amor, la tomé prestada del montoncito de libros que tenías detrás de tu silla en la zapatería. Tendría 13 y cogí Mal de Amores a escondidas para devorarla en casa y luego devolverla como si no hubiera pasado nada. Muchas veces también te sacamos alguna moneda de la caja registradora para comprar paletas en la California y otras tantas me pinté las uñas con tu colección de barnices ahí enfilados en tu escritorio. Esa zapatería fue un salón de juegos maravilloso donde no solo aprendí matemáticas sino a atender clientas y convencerlas de comprar un par, montar y desmontar zapatos del aparador, chismear con las empleadas, amarrar cajas y por supuesto de hormas, botas y zapatos. Otra cosa que recuerdo es tu bolso negro y pesado bien cargado de billetes y monedas. Siempre tenías dinero y por ello eras la ama y señora de las compras. Nunca pediste nada al abuelo, tú decidías qué, cómo y cuánto se compraba.

Y eso bien lo aprendí de ti. A tener lo mío, a comprar lo que se me antoja con el fruto de mi trabajo, a ser administrada, pero consentidora, a darme lujitos. De niña me decías que había robado tu nariz, igual porque era grande y chata como la tuya o realmente nunca lo supe. Depilaste mis cejas por primera vez con una navaja y no olvidaré que con ello me iniciabas en los artilugios de la belleza canon de la que ahora soy más crítica. Todos esos rituales heredados, la ceja, la decoloración de vellos, la depilación... pelos, pelos y pelos, siempre al ataque de ellos. Gracias a tu poco gusto por las labores domésticas tuvimos a Lola y fue así como duplicaste mi abuelitud materna. Tú, la moderna, la trabajadora, la del peinado de salón, club de la amistad, naipes de domingo y conductora hasta los 80. Lola en casa, cocinando, sirviendo la mesa, limpiando, cuidando plantas, hijos y nietos. Ahora que lo pienso, un combo perfecto.

De ti vestir las mesas, limpiar cubiertos, adornar navidades, perderme en la lectura de novelas, comprar telas e imaginar convecciones. De ti las piernas, la misma talla de sostén y el 1.65 de altura. La mesa como placer en cada bocado, la boca siempre pintada y la repostería para concentrarnos y abstraernos del cotidiano. Tuyas siempre las joyas; rubíes, perlas y esmeraldas, guantes, marthas, perdón martas, abrigos de mink y todo el ajuar para bodas, graduaciones y XV años.

Tú nadando con aletas y gorra en cualquier playa, club o balneario; tú cuidando siempre no estropear tu peinado. Camino bien derecha siguiendo tu ejemplo, mi cuerpo cada día toma más tus formas; de telas, carpetitas, paños y trapos está llena mi alcoba. Me paseo desnuda por casa, no tengo pudor, pero siempre agua de colonia y jabón Maja.